

Primer Domingo de la Cuaresma.

¡Otra vez Cuaresma! ¡Otra vez la penitencia y el color morado! ¿Repetimos el ciclo anual? ¿Qué hay de nuevo este año para no sentir que estamos renovando la misma historia de siempre y seguimos sin cambiar?

Entiendo tu inquietud, pero quiero proponerte hoy una lectura diferente de este comienzo de la Cuaresma. Yo mismo, al sentarme a meditar sobre las lecturas, creí que volvía de nuevo al contenido tradicional de la Cuaresma, al llamamiento a la conversión, al tema de las tentaciones y del ayuno. Con todo, me encontré otro panorama bien diferente, que quiero ayudarte a descubrir.

La primera lectura del día (Deut. 26,4-10) nos remite a la profesión de fe, que todo israelita hacía cuando iba a ofrecer sacrificio en el templo del Señor. Léela despacio y siéntete parte de un pueblo, que viene desde Abraham, pero que a lo largo de su historia no ha hecho sino recibir los signos maravillosos de la libertad y de la salvación, lo mismo que una tierra, una fe, una comunidad y unas bendiciones que se expresan en el trabajo, la familia, los frutos de la tierra, el amor y la paz.

Comenzar Cuaresma con esta profesión de fe es tomar conciencia de quiénes somos y cuánto tenemos de parte del Señor. Es asumir que somos un pueblo que camina por la historia y agradece la salvación que permanentemente Dios nos ofrece en su Hijo Jesucristo. Es, también, la oportunidad para reflexionar qué hacemos con todo lo que Dios nos regala y cómo lo administramos para el reino. Allí se anida la urgencia del cambio, y eso es Cuaresma.

Si vas ahora a la segunda lectura (Rom. 10,8-13), encontramos otra profesión de fe, la del cristiano en medio de un mundo hostil y lleno de antivalores. Pablo le proponía a los creyentes de Roma, inmersos en una cultura donde la comida y la bebida eran centrales (14,17) y la adoración al emperador daba identidad de pueblo, que se arriesgaran a profesar públicamente a Jesús como Señor y a tener la seguridad en su corazón que él está Vivo y Resucitado para siempre. No es un gobierno o el gobernante de turno el que nos trae la salvación y la vida; sólo Jesús salva y libera de todas nuestras miserias, y confesarlo públicamente exige valentía y riesgo. Vivir Cuaresma es, pues, profesar en quién creemos y en quién nos apoyamos. No en las estructuras, no en los partidos, no en los personajes humanos. Sólo Jesús es nuestro Señor y Salvador.

Llegas, por último, al evangelio de hoy y te encuentras a Jesús con múltiples dificultades para realizar su misión. Estas dificultades (3 veces) aparecen como “tentaciones”, como obstáculos y oposiciones al proyecto de Dios y a la misión recibida, que en todo momento opone el gran opositor de Dios o demonio. Son obstáculos permanentes, que se sintetizan en el deseo del poder humano, en la ambición de tener más de la cuenta y en las ganas de aparecer para conquistar imagen ante los demás. Cosas vanas e inútiles que no llenan y distraen de lo fundamental. A todas esas pruebas Jesús responde apoyándose en la Palabra de Dios, pues el creyente fiel cimenta su vida siempre en la Palabra viva del Señor que lo fortalece y lo orienta.

Vivir Cuaresma es, entonces, volver a la Palabra de Jesús, recuperar su fuerza y su energía durante estas semanas, para ser realmente hombres y mujeres que viven de la Palabra, adoran al único Señor y le dan culto con su vida, sin ponerle trabas a su acción.

Como tal, la Cuaresma es un camino, que vamos a recorrer juntos y nos va a conducir a la fiesta alegre de la Pascua. Iniciémoslo con alegría y decisión, porque en él se juega nuestra fe y nuestra identidad de bautizados. Que el Señor nos conceda “avanzar en la inteligencia de este misterio y vivirlo en su plenitud” (Oración colecta).

Pbo. Carlos G. Álvarez cjm.